

# *Con caridad, con claridad*

SANTIAGO ARAUZ DE ROBLES

Ante todo, mi compasión por la familia Blanco Garrido: lo digo sin vanagloria pero sin pudor, he llorado con ellos, sin llegar a la magnitud de su dolor, estoy padeciendo con ellos. Compasión entrañable, pues, insuficiente pero real. Y petición de perdón. Perdón en nombre propio y del pueblo español (me niego a utilizar la ambigüedad venenosa de hablar del pueblo español y del pueblo vasco, como si fuesen realidades distintas que sólo en ocasiones excepcionales, como ésta, coinciden ocasionalmente). Es precisamente la ambigüedad de muchos años, por cobardía, por confortabilidad o por estrategia, la que ha hecho posibles aberraciones como el trato dado a José Antonio Ortega y Miguel Ángel Blanco: convirtiendo a aquél en superviviente de un refinado Auschwitz, en el que antes de arrancar al hombre la vida se le desvertebra de toda esperanza, y disparando a la cabeza de Miguel Ángel balas explosivas para que, si hubiese logrado sobrevivir, nunca más fuese persona. El zulo de Mondragón y el árbol de Lasarte serán, en adelante, monumentos que recuerden cómo la estupidez colectiva puede desembocar en la deshumanización más radical. Hay que conservarlos cuidadosamente para que, por sí solos, se mitifiquen y logren hacer realidad el “nunca más, nunca más” de los actuales horrores.

De nuevo ahora, en el centro mismo del horror y por comodidad intelectual o moral, estamos intentando minimizar y alterar cualitativamente el problema vasco, como si fuera cosa de unos pocos marginados. Es cierto que lo que vemos, lo patente y más cruel, lo materializan un puñado de personas a quienes, para aliviarnos, llamamos mafiosos. Nos encontraríamos, pues, ante un fenómeno marginal, del que no nos responsabilizamos. Pero, hasta que se ha convertido en evidencia, hemos preferido desconocer que a ese grupúsculo lo alimenta directamente un cuarto de

\* ABC, 15 de julio de 1997.

millón de votos, lo que supone una porción considerable de la sociedad vasca. Y, sobre todo, hemos cerrado los ojos a otra realidad más pavorosa; que el PNV, que es un partido de gentes de buena conciencia, comparte la mitad del camino —el del compromiso intelectual contra España, aunque no el tramo de los métodos y las acciones— con la alternativa KAS. Y que ese medio camino es violento en sí mismo, porque sólo puede concluir matando el alma de España y a los cuerpos en que alienta, primero en el País Vasco y enseguida, si se puede, fuera de él —caso de Navarra—.

El País Vasco, y en particular la burguesía encuadrada en el PNV, se hizo rico —hasta que la actual locura nacionalista lo está empobreciendo— en España y como parte de España. España consiguió para todos los españoles, incluidos los vascos, la democracia y la libertad: los acuerdos de la Moncloa y las tareas constitucionales las cargaron sobre sus espaldas básicamente quienes luego formaron UCD, los socialistas y los comunistas. No hay, desde el conjunto de España, ninguna opresión al idioma, el folklore o la cultura peculiares vascos. ¿Puede afirmarse, pues, que España sea enemiga de lo vasco, para justificar la hostilidad de lo vasco hacia España? Miente el PNV cuando manifiesta, y lo hace un día sí y al siguiente también, que el enemigo está en Madrid. Y miente al “reivindicar”, para explicar aquella hostilidad, lo que nunca tuvo: independencia. Y al señalar a España como enemigo, y hacerlo con las buenas maneras y la buena conciencia propios de la burguesía, el PNV crea un clima de violencia latente que materializan quienes son violentos por oficio, por precio, por incultura o por falta de inhibiciones.

No cabe engañarse y engañarnos por más tiempo, y mantener grandes silencios para ocultar grandes verdades. El PNV unilateralmente ha constituido a España —a pesar de que el propio País Vasco no se explique sin España— en el enemigo a batir. ¿Que cuándo lo ha hecho? Cada vez que en los planes de estudio elaborados por la Consejería de Educación, o en las clases impartidas en las ikastolas oficiales, se excluye de la patria —geografía y cultura— cuanto queda al sur, este y oeste de las provincias vascas. Cuando se vota en contra de la Constitución común de España. Cuando los dirigentes del PNV afirman públicamente que Madrid —el Estado, España— no comprende a los vascos, como si merecieran una comprensión cualitativa y distinta y más obsequiosa que los andaluces o gallegos. Cuando reclaman —piénsenlo bien estos días— una política penitenciaria distinta: pero no para todos los presos, sino sólo para los presos vascos y, dentro de ellos, para los “presos patriotas”, es decir los asesinos de ETA. Cuando, para acusar y poner a España en el punto de mira, acude con denuncias a Estrasburgo y no al Tribunal Constitucional. Cuando afirma que Ortega Lara “tenía funciones especiales”, aunque luego se recoja la piedra arrojadiza; y se guarda un silencio expresivo, clamoroso, cuando se libera a Ortega por la Guardia Civil. O cuando se calla a propósito la sentencia del Tribunal de París que condena a ETA como enemiga de la humanidad, y niega ningún acoso español a lo vasco. Cuando pide, con susurros o a gritos, según, que la Guardia Civil —lo español, España misma— abandone las tierras que quedan entre Castilla y el mar. O cada vez que el subconsciente traiciona y se alude al rh negativo como a un tesoro, en lugar de como a una degeneración genética. O se crea aceleradamente una mentira de cara al pasado, la de las instituciones políticas vascas (¿cuáles, salvo los clanes o tribus que han actualizado HB y Jarrai?).

Es ese odio sin respuesta —admira la serenidad casi heroica de los guardias civiles en la cámara de torturas de Mondragón, ante quienes añadían la burla al sadismo—, el que electriza al País Vasco y mata, caprichosamente, por manos de los pistoleros. En ninguna de esas acciones ha tenido nada que ver el PNV, el “sano nacionalismo de las gentes de bien”, pero si el PNV hubiese abdicado hace veinte años de odiar a España, quizás haría ya quince que no serían posibles los “accidentes” Ortega Lara o Blanco Garrido. Piénsenlo, en soledad y ante el espejo de sus conciencias, quienes comenten el error histórico y de imposible futuro de inventar un Euzkadi al margen de España, y el

pecado mortal contra la humanidad de poner su nacionalismo por encima de las personas. Piénselo, porque nos duele, escandaliza e irrita su desenfoque de valores, que acaba en conclusiones asesinas formuladas por boca ajena. Piense por ejemplo, el señor Setién —lo digo con profundo dolor, como mal pero enamorado católico—, si desde que Miguel Ángel Blanco entró en la clínica de Aránzazu, él, el obispo, tenía otra obligación pastoral más importante que pedir perdón en nombre del pueblo y convertirse en capellán solidario de ese Cristo agonizante que la providencia ponía, justo, entre los brazos de su obispado. Son esas pasividades clamorosas las que, desde hace años, abren espacios enormes en los que crece, se justifica y opera el odio violento.

De manera que el actual céñit de inhumanidades no es obra sólo, no, de unos pocos, y además de unos pocos locos e irredentos. No sería posible sin que el viento les soplara a favor, desde hace décadas, en el País Vasco por parte de la “gente de bien”. Y es ese viento el que debe rolar desde hoy mismo: tomando como boyas históricas el zulo de Mondragón y el árbol de Lasarte. ¿Y cómo? Ustedes saben cómo, señores del PNV, gentes acomodadas, cultas y avezadas en la política. Ustedes saben, y es ya una verdad que les quema en la conciencia, que tienen la llave de la paz a medio plazo. Bastaría con que “proclamaran” unas cuantas verdades para que, siendo radicalmente vasco, el País Vasco dejase de ser el problema de España en que Euzkadi puede abrasarse. Ustedes tienen que manifestar, ya e institucionalmente, que acatan, comparten y se integran en la Constitución, a la que, sin embargo, utilizan en su beneficio en lo público y en lo privado. Ustedes tienen que decir en voz alta que ser vasco es una modalidad, cuya dignidad depende de ustedes mismos, de ser español, y que lo vasco-español linda con el Mediterráneo, gloriosa linde, y con el Atlántico y América, no menos glorioso puesto que nosotros, España, lo convertimos en camino y diálogo. Y que, como cualquier ciudadano español, también el vasco debe besar donde pisa la Guardia Civil, cuya función única es instalar la paz en nuestras vidas. Y dejar de señalar con el dedo índice encrespado a Madrid. Esa es la exigencia imperativa de Ortega Lara y de Blanco Garrido; y de los millones de españoles que, con lágrimas, serenidad y fortaleza, han gritado estos días: “Todos somos Miguel Ángel”. Lo han gritado, señores del PNV, también para los oídos taponados de cera negra de los etarras y de HB, pero sobre todo para ustedes, mirándoles de frente a sus pupilas y exigiéndoles que dejen la tibieza interesada, y abran cauces a una España sin odios, que es la única puerta hacia la paz.

Hace años, en el 78, formulé en estas páginas una propuesta inoportuna, que la historia ha demostrado estar cargada de lógica. Si el autogobierno de las Autonomías era un camino a iniciar, debería irse facilitando —Estatutos, transferencias de competencias— a medida que las regiones demostraran capacidad para asumir sus responsabilidades. La primera responsabilidad del gobernante es la paz, el orden público y jurídico. Por tanto, al País Vasco no se le debía atribuir autogobierno hasta que se autopacificase. Hoy estamos justo, en ese punto. Y el Estado no puede permitir que se utilice el instrumento del autogobierno para destruir al propio Estado, y en definitiva a España, como colofón de un camino de barbaries.

Con caridad, pero con inexcusable obligación de claridad —lo reclaman las víctimas— lo afirmo yo: *es la españolidad sin reservas del PNV lo único que puede limpiar de sangre el futuro del País Vasco* —el pasado ya está marcado de infamias en las ingles—. Y el exigírselo, constituye la primera obligación no ya del Gobierno, sino de la totalidad del Estado.